

CONOCER, COMPRENDER Y ORAR CON LA BIBLIA (I)

Mons. Santiago Silva

I. ¿Qué la Sagrada Escritura o la Biblia?

Una respuesta completa y adecuada que no deja fuera ningún aspecto fundamental de la Biblia es definirla como:

Palabra de Dios escrita para nosotros

Analicemos cada uno de los aspectos que contiene la definición.

1. Palabra... escrita

Gracias a la palabra nos comunicamos, salimos de nosotros mismos y ofrecemos nuestra interioridad al amigo que nos escucha. El que habla con sinceridad de su mundo interior, de sus pensamientos, sentimientos, propósitos, se “ex-pone”, es decir, pone a consideración del amigo su interioridad y ofrece su propia vida en comunión: el interlocutor, a su vez, “res-ponde” expresando también por la palabra su propia intimidad.

En virtud del diálogo *abierto y sincero* entre los amigos se involucra el mundo interior de ambos, se crea la comunicación de las personas y se posibilita la comunión permanente de su existencia. La palabra, pues, está llamada a ser vehículo de comunicación personal y de comunión de vidas.

La Biblia testimonia que Dios se “re-vela” (=quítale “velo” que lo oculta), es decir, sale de sí y “ex - pone” su intimidad (“su corazón”) a los hombres. Para hacerlo, elige el medio más frecuente en el trato interpersonal: la palabra, el diálogo.

Sintetizando esta enseñanza bíblica, la carta a los Hebreos dice: “muchas veces y de muchas maneras *habló* Dios por medio de los profetas...” (1, 1); del mismo modo el Concilio Vaticano II: “Dios *habla* en la Escritura por medio de hombres y en *lenguaje humano*” (Dei Verbum, 12).

Al elegir la “palabra” para salir de sí y exhibirse, Dios acepta las “reglas del juego”, y por la palabra se ofrece a sí mismo, originando comunicación y creando comunión. Dios posibilita así el encuentro fecundo de vidas, la de Dios y la del hombre.

Sin embargo, la Palabra definitiva y plena del Padre es Jesucristo, quien haciéndose igual a nosotros, “re-vela” o “ex - pone” al Padre y lo que él quiere (Cf. Heb. 1, 2; Jn 1,1.18).

La Biblia es la *buena noticia* por la que Dios en Cristo ofrece al creyente su vida, abundante y eterna. Por tanto, los libros bíblicos, en particular el Nuevo Testamento, tienen por centro la *Palabra increada*, Jesucristo, “camino, verdad y vida” para Iglesia y el creyente (Jn 14, 6).

En lenguaje humano y al modo humano, la Sagrada Escritura:

- ♣ testimonia la experiencia de fe de Israel, pueblo de Dios (Antiguo Testamento);
- ♣ anuncia como “Buena Nueva” lo que Cristo, Palabra del Padre, hizo y enseñó (Evangelios);
- ♣ relata la expansión de la Iglesia apostólica, sus dificultades y sus esperanzas (Hechos de los Apóstoles);
- ♣ reflexiona acerca de las consecuencias teológicas y éticas que se deducen de las acciones y palabras del Señor con la finalidad de dar soluciones a las necesidades por las que pasan las jóvenes iglesias (cartas de Pablo, Santiago, Pedro, Juan y Judas), y
- ♣ proclama un futuro victorioso para los seguidores de Cristo y el desastre total para sus detractores y el Anticristo (Apocalipsis).

La *lectura e interpretación* de la Sagrada Escritura tienen por principal finalidad aprehender la intimidad de Dios y su voluntad (“conocer” en sentido bíblico), puesto que Dios por la Palabra se “ex - pone”, ofreciéndose en amistad.

La *meditación y oración* con la Sagrada Escritura tienen por principal finalidad entrar en diálogo con la Palabra eterna del Padre Jesucristo, quien con sus enseñanzas y acciones se convierte en principio de vida y sentido pleno de la existencia.

La respuesta que Dios espera del creyente es la entrega de la propia vida por la fe; entonces, la vida divina comunicada al creyente, se hace en ésta vida eterna (Cf. Jn 20, 30-31).

2. Palabra DE DIOS escrita

La palabra engañosa que cambia o desfigura el propio mundo interior crea una falsa comunicación, por que al inventar caretas y manifestar irrealidades, se hace imposible la comunión de las personas, pues una de ellas –o ambas- se “enmascara”, por lo tanto, la entrega, la confianza y el afecto recíproco son impracticables. Esta experiencia de engaño y soledad, por desgracia común entre los hombres, jamás se da en Dios, pues nunca su palabra es mentirosa e hipócrita, sino veraz y sincera; nunca Dios se encierra en sí mismo, sino que se dona por su Hijo y nos ofrece sus bienes.

El testimonio bíblico respecto a las características de la “palabra de Dios” es abundante y diáfano.

A continuación, señalamos solamente tres notas: por ser DE DIOS, su palabra:

- ♣ es viva y eficaz como agua que cae en la tierra y la hace germinar (Cf. Is 55, 10-11);
- ♣ es “mas cortante que una espada de dos filos” que penetra hasta lo más profundo del ser (Hbr. 4, 12-13) ayudando al creyente a discernir sus pensamientos y las intenciones de su corazón;
- ♣ siempre veraz, porque contiene promesas que se cumplen, ofrece un consuelo que alivia y sus reprimendas y consejos interpelan y exigen cambios radicales (Cf. 1 Cor 10.11; 1 Tes 2.13; 2 Tim 3, 14-17).

Por tanto, por medio de la Biblia inspirada por Dios, se ofrece al creyente una palabra operante y eficaz, sincera y veraz: ¡la misma Palabra del Señor por la que se puede conocer el auténtico Rostro de Dios y experimentar su sabiduría y poder que transforman!

3. Palabra de Dios escrita PARA NOSOTROS

San Agustín (siglo IV) enseñaba que los que no tengan el libro de la Biblia, siempre tendrán el libro de la vida, escrita también por Dios. Efectivamente, vida y Biblia nacen de Dios, y ambas testimonian el paso y la presencia de Dios que creó la vida e inspiró la Escritura. Cuando el creyente adquiere sensibilidad ante la presencia de Dios y gracias a sus experiencias de fe, la vida lo ayuda a comprender la Biblia y la Biblia le empieza a hablar de la vida. El creyente, entonces, descubre que la Palabra de Dios es “para la vida”, “para hoy” y “para él”, y no una palabra antigua y vieja, como el papiro que la contiene, sino actual y permanente, por ser “de Dios”. Por tanto, la *lectura íntegra de la Biblia* sólo se da cuando es a la vez *lectura de la vida*, y la lectura del creyente de la vida sólo es posible cuando se contrasta con las palabras de la Biblia y se amplía el horizonte de la fe.

Al respecto un autor moderno escribe: “la Biblia contiene la experiencia de Dios que tuvieron nuestros antepasados en la fe; una experiencia que tiene como centro a Jesús. Esta experiencia de Dios (...) es lo que constituye el centro de la Escritura y lo que hace que los creyente de todas las épocas –también de la nuestra- encuentren en ella una clave para contrastar y ampliar el horizonte de su propia experiencia de fe”.

La Biblia, pues, es un libro que no pasa de moda, es siempre novedoso y actual, porque es la palabra de Dios PARA NOSOTROS y Dios es atrayente y cautivante, Dios no se agota ni se repite, Dios es noticia permanente y fresca para el *cristiano*, la Iglesia y la sociedad de hoy.

La Biblia es para todos; no fue escrita sólo para los hombres de antaño o sólo para unos pocos privilegiados, los de mucha fe o de mucha ciencia, sino para todos los que anhelan encontrar la vida y la paz y buscan la comunión con Dios en diálogo con él, porque Dios por la Escritura “sale de sí”, se “ex – pone” y se “propone” (= poner delante) como sentido último y pleno del hombre y de su historia.

**La Sagrada Escritura pide un
esfuerzo de inculturación: hay que
leerla sumergidos en el mismo
ambiente socio-cultural de los autores
sagrados y del mundo en el que
vivieron. Como dice un autor
moderno: “se trata, pues, de dar vida
al texto para que signifique en
nuestro tiempo lo que significó en su
época original”¹.**

II. ¿Cómo se interpreta la Sagrada Escritura?.

La Biblia fue escrita hace muchos siglos por hombres inspirados por Dios, quienes, sin embargo, no perdieron su libertad, su idioma, su genio literario, su cultura, en una palabra, no fueron arrebatados del medio socio histórico y cultural en que vivían; por tanto, los libros bíblicos como obras literarias son fieles reflejo de la personalidad, formación y medio ambiente de sus autores.

Los siglos de distancia que nos separan de los autores bíblicos y la inmensa diferencia entre el mundo cultural de ellos (el semita de la cuenca Este del Mediterráneo) y el nuestro (mundo occidental de

raigambre cultural grecorromana), exige de parte del lector moderno un esfuerzo de *interpretación* para comprenderla y de *actualización* para vivirla.

Tarea de la Iglesia y del creyente, entonces, es interpretar la Biblia y actualizar su mensaje:

- ♣ *Interpretar* un texto bíblico es sacar a la luz el mensaje que Dios transmite por el autor sagrado; la comprensión correcta del mensaje requiere del conocimiento y práctica de unas normas básicas de interpretación, porque el contexto histórico de los autores bíblicos es diverso al nuestro, y por ejemplo, unas mismas palabras pueden tener significados y matices diferentes en la pluma de ellos y en nuestro hablar.

Algunos autores llaman “exégesis” a la tarea de interpretar la Sagrada Escritura.

- ♣ Actualizar el mensaje es adaptar el contenido de un texto a la realidad personal y comunitaria haciendo operante el carácter de Palabra de Dios viva y eficaz, que interpela y transforma: la “actualización” también requiere del conocimiento y práctica de algunas normas básicas, pues nuestras necesidades y problemas son diversos a los de los autores bíblicos y sus destinatarios.

Algunos autores llaman “hermenéutica” a la tarea de actualizar la Sagrada Escritura.

La interpretación y actualización de la “palabra de Dios” y la urgencia de ser testigo de la Buena Nueva en el mundo de hoy, exige:

- ♣ Actuar el mensaje, es decir, transformar en hechos concretos la Palabra de Dios interpretada y actualizada.

La dificultad de interpretar lo leído y actualizar el mensaje a la propia vida no es sólo un problema de los creyentes y comunidades de hoy. La Biblia da testimonio de esta dificultad. El ministro de Candace, reina de los etíopes, que regresaba de Jerusalén leía al profeta Isaías, le hizo la siguiente observación al diácono Felipe que salió a su encuentro: “¿cómo voy a entender lo que leo si nadie me lo explica?” (Hech 8, 31; ver además Os 14, 10; Dan 9, 2; 2 Pe 3, 16). Para comenzar, pues, se necesita la ayuda de algún sacerdote, catequista o persona preparada (actuales “Felipes”), de sencillos pero buenos manuales y, sobre todo, de adecuadas traducciones de la Biblia.

Los principios básicos de interpretación y actualización de la Sagrada Escritura se deducen de lo que ella es:

PALABRA DE DIOS ESCRITA PARA NOSOTROS

1. Porque es PALABRA ESCRITA

La preocupación fundamental de un creyente que procura conocer el mensaje de un texto bíblico debe ser el *sentido verdadero del texto* en cuanto palabra escrita, es decir, en cuanto *obra literaria*.

A propósito de lo recién afirmado, el papa Pío XII escribía en 1943: “Porque a nadie se oculta que la norma principal de interpretación es aquella en virtud de la cual se averigua con precisión y se define qué es lo que el escritor pretendía decir” (*Encíclica Divino afnante Spiritu*). Años más tarde, en 1965,

el Concilio Vaticano II enseñaba: “El interprete de la Escritura, para conocer lo que Dios quiso comunicarnos, debe estudiar con atención lo que los autores querían decir...” (Dei Verbum, 12). Y solo hace algunos años en 1994, la Pontificia Comisión Bíblica recordaba a los estudiosos de la Biblia y a todo creyente las enseñanzas de Pío XII y del Concilio Vaticano II con las siguientes palabras: “La búsqueda del *sentido literal* de la Escritura es una tarea esencial de la exégesis”; más adelante lo define como aquel sentido “que ha sido expresado directamente por los autores humanos inspirados y, siendo el fruto de la inspiración, este sentido es también querido por Dios, autor principal” (*La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, pp. 37 y 75).

De todas estas enseñanzas se concluye, por tanto, que la pregunta principal frente a un texto de la Sagrada Escritura es la siguiente: *¿qué quiso decir el autor sagrado?* En otros términos *¿cuál es el sentido literal del texto bíblico?*

Dios “habla” por el autor inspirado, al punto que “todo lo que afirman los autores sagrados, lo afirma el Espíritu Santo” (Dei Verbum, 11); por lo tanto, lo que el autor bíblico realmente intentó decir y dijo, es lo que Dios enseña; de aquí la importancia fundamental del *sentido literal* de los textos.

Los principios que permiten responder a la pregunta acerca de qué dijo el autor o –lo que es lo mismo– cuál es el sentido literal del texto, son:

- ♣ Comprender las *palabras y las frases* del autor conforme las concibió en su mente y según se acostumbraban a emplear en su mundo cultural; al respecto, señala el Concilio Vaticano II: “el intérprete indagará lo que el autor sagrado dice e intenta decir, *según su tiempo y su cultura*” (Dei Verbum, 12)
- ♣ Conocer los *géneros literarios* utilizados por entonces con el fin de descubrir la *intención literaria* de los autores bíblicos; el Concilio enseña: “para descubrir la intención del autor, hay que tener en cuenta, entre otras cosas, los géneros literarios” (Dei Verbum, 12); algunos ejemplos:
 - La *poesía* emplea metáforas, comparaciones, imágenes osadas, antítesis, paralelismos, hipérbolos y otros muchos recursos literarios que aquél que busca comprender un texto poético, no puede leer tomándolos “al pie de la letra”;
 - La *historia bíblica* interpreta el pasado y el presente del pueblo de Dios (Israel y la Iglesia) a la luz de Dios que interviene en medio de los hombres por sus enviados; para la “historia bíblica” diferencia de lo que ocurre con nosotros- no es una preocupación fundamental datar los acontecimientos en un tiempo y en un espacio determinado, sino testimoniar cómo Dios conduce y dirige a su pueblo; la lectura de los libros históricos de la Biblia, por tanto, requiere de una exquisita “sensibilidad de Dios”, propia de un profeta, a fin de descubrir los proyectos divinos y su paso por la historia.
 - *Un evangelio* proclama la buena noticia de que Jesús de Nazaret es “Mesías”, “Salvador” y “Señor”; para cumplir esta finalidad, los autores de los evangelios recuerdan y seleccionan algunos dichos y hechos de Jesús y los presentan de modo que ayuden al lector a crecer en su fe, y así “tenga en Cristo vida eterna” (Jn 20, 30-31); un “evangelio” no es una biografía de Jesús, sino la proclamación gozosa de que en Cristo, Dios nos salva;

- *La parábola* es un relato breve, de carácter figurativo y construido con elementos tomados de la vida cotidiana; su finalidad es provocar un determinado comportamiento en el lector y entregar una enseñanza que, con imaginación y sagacidad, se debe descubrir; nadie puede leer una parábola como lo hace con un libro de historia o de ciencias.
- ♣ Informarse de los datos principales acerca del *medio socio-histórico y cultural* en que el autor se mueve y se enmarca su obra, con el fin de entender mejor su mensaje y las necesidades vitales y religiosas de los destinatarios del libro.

La Sagrada Escritura pide un esfuerzo de inculturación: hay que leerla sumergidos en el mismo ambiente socio-cultural de los autores sagrados y del mundo en el que vivieron. Como dice un autor moderno: “se trata, pues, de dar vida al texto para que signifique nuestro tiempo lo que significó en su época original”.

Al conocimiento de estos principios básicos de interpretación, sigue la forma *práctica* de proceder, que puede ser:

- ♣ leer y releer el texto escogido y –si es necesario- en Biblias diferentes; anotar las diferencias y tratar de explicarlas;
- ♣ darse cuenta de qué pasaje antecede al texto escogido y cuál le sigue; tratar de sacar alguna conclusión del “lugar” que ocupa el texto en el capítulo o libro;
- ♣ destacar los sustantivos y adjetivos importantes del texto elegido; indicar las palabras que no se comprenden y ver su significado en diccionarios de la Biblia;
- ♣ destacar los verbos importantes señalando quienes son los sujetos de los mismos y los destinatarios de sus acciones;
- ♣ agrupar las palabras y los verbos por “familia”, lo que ayuda grandemente a fijar el tema central del pasaje; con frecuencia los textos combinan familias de palabras bien precisas, y sacan a la luz –si los hay- los contrastes y oposiciones del texto;
- ♣ esbozar un esquema literario que contenga sólo lo fundamental del texto y resalte el tema central del mismo; memorizar las frases más importantes y aprender el libro y el capítulo en que se encuentran;
- ♣ emplear las cronologías que traen las Biblias, para enmarcar históricamente el personaje o la acción; tratar de recrear las condiciones socio-históricas en las que se sitúa el texto; comprender bien las situaciones, como, por ejemplo, los “fariseos”, los “saduceos”, saber del “templo” y sus “sacrificios”, etc.

La finalidad de esta forma práctica de proceder es determinar quién es el sujeto principal, qué acciones realiza o qué dice; quien recibe la acción o las palabras del sujeto principal; quien está con él, quien está contra él, por qué; qué cambios de comportamientos testimonia el texto y a qué se debe.

Es importante aproximarse al texto elegido sin prejuicios ni subjetivismos, evitando en lo posible “proyectar” en el pasaje nuestros propios problemas y nuestra particular comprensión del mismo.

2. Porque es DE DIOS

Por ser una obra inspirada por Dios, la Biblia tiene a Dios mismo por autor principal (Cf. 1 Tes 2, 13; 2 Tim 3, 16 - 17; 2 Pe 1, 20 – 21). No es, por tanto, un libro común, como cualquier otro. La Biblia revela la historia de la Salvación suscitada y dirigida por Dios (Antiguo Testamento) que tiene su realización y plenitud en las palabras y obras de Jesús de Nazaret (Nuevo Testamento; Cf. Mt 5, 17 – 20).

Por tanto, como la Biblia es palabra “de Dios”, se requiere tener en cuenta los siguientes principios básicos de interpretación:

- ♣ Leer y medita el texto bíblico con la asistencia del mismo Espíritu que lo suscitó, es decir, imbuidos del Espíritu Santo de Dios. Esta norma fundamental de San Jerónimo (intérprete de la Biblia del s. IV) hace de la Escritura fuente de vida y de conversión, porque le restituye el carácter interpelante de Palabra de Dios.
- ♣ Tener por punto de referencia la genuina *tradición* de la Iglesia. La Escritura nace en el seno de la tradición israelita (Antiguo Testamento) y de la tradición cristiana apostólica (Nuevo Testamento), por lo que la interpretación de la Biblia no puede hacerse sin considerar la enseñanza actual de la Iglesia ni menos en contra de ella, pues fue la Iglesia quien “recibió de Dios el encargo y la misión de conservar e interpretar la Palabra de Dios” (Concilio Vaticano II: Dei Verbum, 12).
- ♣ Emplear la Sagrada Escritura concientes de la *finalidad* que Dios tuvo al inspirar a los autores que la pusieron por escrito: revelar la verdad que salva. Así lo enseña el Concilio Vaticano II: “Como todo lo que afirman los autores inspirados lo afirma el Espíritu Santo, se sigue que los Libros sagrados enseñan sólidamente, fielmente y sin error la verdad que Dios hizo consignar en dichos libros para salvación nuestra” (Dei Verbum, 11).

La Escritura, por tanto, debe leerse como *historia de la salvación*, hilo fundamental de toda la Biblia que el confiere unidad. Dios tiene un proyecto para el hombre que ofrece y realiza en su Hijo y anima por su Espíritu: este proyecto divino de “nueva creación” y “nueva alianza” se revela en la Sagrada Escritura de modo completo, pero progresivo, desde el Génesis, inicio de la historia, al Apocalipsis, final de los tiempos. Cuando el creyente interpreta la Biblia no debe perder de vista ni el “momento” en que se ubica la revelación del proyecto ni la “totalidad” del mismo. Esto explica los rasgos poco evangélico con que a veces se presenta a Dios en el Antiguo Testamento o ciertos comportamientos morales, que llaman mucho la atención, en algunos de los personajes bíblicos.

Una forma práctica de proceder, puede ser:

- realizar el trabajo de comprensión del texto bíblico en un clima de oración, pidiéndole insistentemente al Espíritu que revele el misterio de Dios contenido en las Escrituras;
- con la ayuda de las “notas” a pie de página y las “citas de textos paralelos” que las Biblias traen, relacionar el pasaje escogido con otros textos tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, para percibir las semejanzas y las diferencias e iluminar unos pasajes con otros (“la Biblia se interpreta con la Biblia”); volver al pasaje elegido con la luz de estos nuevos datos;
- relacionar siempre los textos del Antiguo Testamento con Cristo; la Palabra encarnada es la “clave de lectura” de toda la Sagrada Escritura”

- investigar y aclarar qué necesidades del pueblo israelita (Antiguo Testamento) y de los cristianos (Nuevo Testamento) trata de resolver el texto; es decir, descubrir la “vida cotidiana y menuda” de Israel o de la Iglesia que subyacen a los textos que se están interpretando y actualizando.

3. Porque está escrita para NOSOTROS

Porque la Escritura está escrita *para nosotros*, requiere de un permanente esfuerzo de *actualización*; de aquí la necesidad de los siguientes principios básicos:

- ♣ Leer y meditar la Escritura *desde la vida y para la vida*. Hay que acercarse a la Palabra de Dios con las propias esperanzas y torpezas, con nuestras genuinas ilusiones y trágicas desgracias, acercarse desde nuestra real condición de “cristianos en el mundo”, porque sólo entonces la Palabra de Dios se revelará como consuelo y misericordia, promesa siempre eficaz y ayuda constante. Si los autores sagrados testimonian en las Escrituras que ha sido la fe en Cristo lo que dio sentido a su vida, ahora es la Escritura la que nos capacita para poner la fe en el centro de nuestra vida.
- ♣ Leer y reflexionar la Escritura en *comunidad*. En realidad, la Biblia es también obra de una comunidad creyente que, alegre y *convencida*, quiere hacer partícipe de su experiencia de fe a otras comunidades. La lectura y oración comunitaria de la Biblia asegura la presencia del Espíritu de Jesús y recrea el ambiente eclesial en que se originó y expandió el texto sagrado (Mt 18, 20): “donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”).